

La instrucción de la oficialidad de infantería y caballería. Las academias militares en los reinados de Fernando VI y Carlos III

The instruction of the cavalry and infantry officers. The military
academies in the reigns of Fernando VI and Carlos III

David A. Abián Cubillo
Universidad de Cantabria
abian1989@hotmail.com

Resumen: El presente artículo se centra en el estudio de la instrucción de la oficialidad a través de las academias militares creadas durante los reinados de Fernando VI y Carlos III. Dichas academias ya existían desde hacía varias décadas en la Monarquía Hispánica, pero en estos reinados se produce un intento de tecnificación de los cuerpos mayoritarios del ejército, infantería y caballería. Para ello se abrieron diversas academias que supusieron una novedad con respecto a las anteriores, que estaban centradas en la enseñanza a artilleros e ingenieros. Estas academias, a pesar de contar con el apoyo del monarca, profesores aptos y de una dotación monetaria suficiente, no consiguieron asentarse y tuvieron una corta duración. Para realizar el artículo, nos hemos basado en diversas fuentes localizadas en el Archivo General Militar de Madrid, Archivo General de Simancas y Archivo Histórico Nacional, además de la numerosa bibliografía sobre academias militares que se ha publicado en los últimos años.

Palabras clave: Academia Militar, Ejército español, Siglo XVIII, Oficiales, Instrucción teórica.

Abstract: This article focuses on the officers' instruction through the creation of military academies in the Spanish Monarchy during the reigns of Fernando VI and Carlos III. These reigns are connected with the Enlightenment. With these academies, the kings and their ministers expected to make the Bourbons' army more technical. Even though the first academy was founded by Carlos II and Felipe V, these academies were focused on the most technical corps, as artillery and engineers. This situation changes during the reigns of Fernando VI and Carlos III, and other corps less technical were addressed. Infantry and cavalry were older than engi-

neers and artilleryman, and they had never been trained in an academy. For this reason, the college and academy study were very original, because they were an important effort by these kings to spread the education on infantry and cavalry. On this period, many people thought that only an educated officer could defeat other armies in the battlefield. The three centers studied, the Real Sociedad de Matemáticas de Madrid, the Escuela Militar de Ávila and the Colegio Militar de Ocaña, were the perfect example for this crucial problem. The fail of all of them shows us a disagreement among high officers. Although academies officially closed due to monetary problems, the real causes were deeper. The first of these causes was the absence of a course of study promoted by the own king. Instead of this we found isolated projects of academies. Normally, the existence of the academies was linked to their founders and their influence on the Court. The resistance to these academies started early, and shows us a fear to break the traditional system of career development and promotion within the army. This fear was the appearance of a new factor to be a good officer, the academic merit. This meant that the nobility and the service, the traditional factor in the army, could be changed by a new factor and which would break the tradition of de Ancient Regime. This is the reason why many military were against these academies. For this study, I've examined many documents of military academies located in the Archivo General Militar de Madrid, Archivo General de Simancas and Archivo Histórico Nacional. Furthermore, I have employed many bibliography about military academies written in the last years.

Keywords: Military Academy, Spanish army, XVIII century, Officers, Theoretical training.

Para citar este artículo: David A. ABIÁN CUBILLO: “La instrucción de la oficialidad de infantería y caballería. Las academias militares en los reinados de Fernando VI y Carlos III”, *Revista Universitaria de Historia Militar*, Vol. 6, N° 12 (2017), pp. 85-103.

Recibido: 16/06/2017

Aprobado: 30/08/2017

La instrucción de la oficialidad de infantería y caballería. Las academias militares en los reinados de Fernando VI y Carlos III*

David A. Abián Cubillo
Universidad de Cantabria

El sistema “academicista” heredado

La guerra durante el siglo XVIII fue entendida por los contemporáneos de una forma diferente a como se veía al principio de la Edad Moderna. Los cambios producidos a lo largo del periodo moderno habían forzado, entre otros factores, que la guerra tendiese hacia una mayor tecnificación, donde los oficiales cada vez debían estar más formados para poder desempeñar con éxito sus tareas. De hecho, se podría afirmar que «la racionalidad científica comenzó a ganar espacio en los fenómenos militares», llegando a ser vistos los conflictos como una auténtica ciencia en la que había que «identificar los principios, reglas y aspectos invariables de la práctica y conducción de las guerras».¹ Ante esta nueva concepción de lo militar, la corona abogó por una mejor educación y un contenido más científico para la formación de su oficialidad.² Por ello, durante el siglo XVIII nos encontramos con una verdadera preocupación de las monarquías europeas por dar a los militares unos centros de formación,³ en particular para los cuerpos facultativos (artilleros e ingenieros) y la marina. En Francia, por ejemplo, las iniciativas para la instrucción militar de la oficialidad de caballería e infantería comenzaron durante el reinado de Luis XIV. Durante este periodo se dieron muestras de una incipiente preocupación por formar a los futuros oficiales, lo cual tuvo su reflejo en dos instituciones: el colegio para pajes en la corte y las compañías de cadetes. El primero era donde los hijos de la alta nobleza aprendían diversas materias mientras servían como pajes del rey. Luis XIV reformó esta institución para que se impartiesen unos conocimientos propios de la carrera militar (matemáticas, dibujo o adiestramiento militar), dado que la alta nobleza solía ser la encargada de dirigir

* Esta investigación se integra en el proyecto HAR2015-64014-C3-1-R (CULTURBAN) del Ministerio de Economía y Competitividad del Gobierno de España, cofinanciado con fondos europeos del programa FEDER.

¹ Iván POCZYŃOK: “Batallas doctrinarias. Guerra, política y estrategia en los orígenes de la ciencia militar”, *Cuadernos de Marte*, 3 (2012), p. 60.

² José Luis PESET: “Academias y ciencias en la Europa Ilustrada”, *Península: Revista de Estudios Ibéricos*, 0 (2003), pp. 391-400.

³ Algunos ejemplos fueron las academias militares fundadas en Rusia durante el reinado de Pedro el Grande, la de cadetes fundada en 1717 en Prusia, de ingenieros en España en 1720, en Holanda en 1735, de artillería en Inglaterra en 1741 o de ingenieros en Francia 1749. Christopher DUFFY: *The Military Experience in the Age of Reason*, Londres, Routledge & Kegan Paul Ltd, 1987.

los ejércitos.⁴ Por otra parte, las compañías de cadetes fueron creadas por el marqués de Louvois en 1682, cuando ocupaba el cargo de Secretario de Guerra (1681-91). Estas compañías, destinadas en diversas fortalezas fronterizas, mantenían entre trescientos y quinientos cadetes, de entre catorce y veinticinco años, con el objetivo de formar a los futuros oficiales, entre otras cosas en matemáticas y fortificación.⁵ Dichas compañías estaban destinadas a hijos de la nobleza⁶ y, a pesar de su corta duración,⁷ fueron el primer intento de ofrecer una instrucción militar por parte de la monarquía francesa. Por otra parte, hubo países que no se incorporaron a la política de fundación de academias militares, como el caso de Suecia, que prefirió enviar a sus oficiales a academias extranjeras.⁸

Antes del reinado de Fernando VI y Carlos III, la Monarquía Hispánica ya se había adherido a esta oleada de academias militares. Durante el reinado de Carlos II se fundó bajo su patronato la primera academia militar: la Academia Real y Militar del Ejército de los Países Bajos (1675-1705). Este centro fue creado por Sebastián Fernández Medrano bajo la protección del Gobernador de los Países Bajos, y la formación impartida allí tenía una duración de dos cursos.⁹ De hecho, ante el buen resultado que daba la academia de Bruselas se decidió crear en la península una institución similar en Barcelona (1697-1705), aunque de menor envergadura.¹⁰ Para su creación, el Consejo de Guerra no dudó en solicitar las recomendaciones de personajes que conocían el funcionamiento de la Academia de Bruselas, como el marqués de Bedmar, el elector de Baviera o el propio Medrano.¹¹ A pesar de la fundación de estas academias, al final del reinado de Carlos II no se contaba con suficientes militares que poseyeran los conocimientos teóricos necesarios para encuadrar y mandar a los ejércitos. Esta carencia ha sido relacionada

⁴ Jay M. SMITH: *The Culture of Merit: Nobility, Royal Service, and the Making of Absolute Monarchy in France, 1600-1789*, Michigan, University of Michigan, 1996, pp. 141, 151, 196.

⁵ Léon HENNET: *Les Compagnies de cadets gentilshommes et les écoles militaires*, París, L. Baudoin, 1889, pp. 13-21.

⁶ Aunque también accedieron clases adineradas, véase André CORVISIER: *Armées et sociétés en Europe de 1494 à 1789*, París, Presses Universitaires de France, 1976, p. 177.

⁷ Se suprimieron en 1696 y fueron restablecidas entre 1726-33.

⁸ Klaus-Richard BÖHME: "Formación militar y reclutamiento en Suecia (1750-1870)", en Enrique MARTÍNEZ RUIZ, Magdalena De Pazzis PI CORRALES y Juan TORREJÓN CHAVES (coords.), *Los ejércitos y las armadas de España y Suecia en una época de cambios (1750-1870)*, San Fernando, Ediciones Puertollano, 2001, pp. 187-196.

⁹ El primero duraba un año y consistía en enseñar conceptos básicos de las "ciencias militares", mientras que durante el segundo año se recibía un perfeccionamiento para poder obtener el título de ingeniero. Para más información sobre esta academia y la formación teórica en el reinado de Carlos II véase Juan Miguel NAVARRO LOIDI: *Las Ciencias Matemáticas y las Enseñanzas Militares durante el Reinado de Carlos II*, Madrid, Ministerio de Defensa, 2004.

¹⁰ Solamente ocho soldados de infantería de "inclinación al estudio" por curso, Archivo General Militar de Madrid (AGMM), Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3124.

¹¹ En la petición hecha por el rey para hacerse cargo de la academia consulta a los tres, que abogan por que la academia siga las pautas de la de Bruselas y aconsejan a soldados que han estudiado allí para encargarse de impartir las clases. Archivo Histórico Nacional (AHN), Estado, leg. 672.

por bastantes historiadores con la no incorporación de la Península Ibérica a la denominada Revolución Científica, lo cual supuso un lastre para la enseñanza científica de los militares.¹² Con la llegada al trono de Felipe V, la preocupación por la instrucción teórica de los cadetes y oficiales no cambió.¹³ Dentro de esta política hay que enfatizar la creación de varias academias militares, como la Real Academia Militar de Matemáticas de Barcelona, la de Guardias Marinas de Cádiz o las academias militares de matemáticas de Ceuta y Orán,¹⁴ que perduraron durante todo el siglo XVIII. Junto a estas hubo otras que permanecieron menos tiempo abiertas, como las de artillería de Cádiz y Barcelona, u otras academias “menores” en diversas zonas fronterizas que se encargaban de instruir a los artilleros, como las de Badajoz y Pamplona.¹⁵ Sin lugar a dudas, de todas las academias indicadas, las más reseñables, tanto por su longevidad como por su importancia en el mundo científico y militar, fueron la de Guardias Marinas y la de Barcelona. Esta última fue la academia militar predominante en la monarquía para la formación de los oficiales del ejército desde su fundación, en torno a 1720, hasta mediados de siglo, cuando otras empezaron a rivalizar con ella. Su refundación¹⁶ se debió en buena medida a la figura de Jorge Próspero de Verboom, e imitaba a la Academia Militar de Bruselas.¹⁷ Sus estudios se estructuraban en cuatro cursos, con cuarenta alumnos de entre dieciocho y treinta años en cada clase, en tres años. Se pueden diferenciar dos “ciclos”: el primero, que correspondía a los dos primeros cursos, destinado a formar a los oficiales con nociones básicas de matemáticas, y el segundo dirigido a aquellos que aspirasen a los cuerpos facultativos, ahondando más en materias científicas, como hidráulica, artillería o arquitectura. De esto podemos deducir que uno de los objetivos era preparar oficiales para los cuerpos facultativos, pero también formar a la oficialidad de los demás cuerpos. Así queda reflejado en las propias ordenanzas de la academia, donde se exponía que todos los academicistas que regresasen a sus regimientos originales de infantería, caballería y artillería deberían enseñar matemáticas a todos los oficiales y cadetes una hora al día.¹⁸ Además, hay que aclarar que acabar los cuatro cursos no suponía la obtención de una

¹² Enrique MARTÍNEZ RUIZ y Magdalena DE PAZZIS CORRALES (eds.): *Ilustración, ciencia y técnica en el siglo XVIII español*, Valencia, UPV, 2008, pp.15-18.

¹³ Sobre la formación de los militares en el siglo XVIII véase Francisco ANDÚJAR CASTILLO: “La educación de los militares en la España del XVIII”, *Chronica Nova*, 19 (1991), pp. 31-55 y Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO: “Formación militar de infantería y caballería en las academias del siglo XVIII”, en José María IMÍZCOZ y Álvaro CHAPARRO (eds.), *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Madrid, Sílex, 2013, pp. 347-372.

¹⁴ José Antonio RUIZ OLIVA: “La Real Academia de Matemáticas de Ceuta de 1739”, en *Milicia y sociedad ilustrada en España y América: (1750-1800): Actas*, Sevilla, Deimos, 2003, pp. 587-607.

¹⁵ Mateo MARTÍNEZ: “Las academias militares en el siglo XVIII”, en *Coloquio Internacional Carlos III y su siglo, actas*, Madrid, Universidad Complutense, 1990, pp. 601- 617.

¹⁶ Era considerada heredera de la cerrada en 1705 tras la toma de la ciudad por el archiduque.

¹⁷ La trayectoria de este ingeniero militar comenzó en Flandes, y fue alumno en la Academia de Bruselas. Durante la Guerra de Sucesión fue llamado por Felipe V para crear el cuerpo de ingenieros. Véase Juan Miguel MUÑOZ CORBALÁN: *Jorge Próspero Verboom ingeniero militar flamenco de la monarquía hispánica*, Madrid, Fundación Juanelo Torrano, 2015.

¹⁸ José Antonio PORTUGUÉS: *Colección general de las ordenanzas militares, sus innovaciones, y sus aditamentos*, Madrid, 1765, tomo VI, pp. 858-883.

plaza de ingeniero o artillero, ya que luego debía realizarse un examen ante la Junta de Artillería o Ingenieros.¹⁹

Por lo tanto, a la llegada al trono de Fernando VI, el ejército de la Monarquía Hispánica contaba con una larga tradición academicista que se remontaba al reinado del último Habsburgo. Estas academias, en particular las de Bruselas y Barcelona, dotaron durante décadas al ejército, y particularmente a los cuerpos facultativos, de oficiales con unos conocimientos científicos y técnicos considerables. Gracias a esto los proyectos de los reinados de Fernando VI y Carlos III contaron con una base para poder extender la formación a un espectro más amplio de la oficialidad.

La proyección academicista militar en el reinado de Fernando VI: la Real Sociedad de Matemáticas

Los reinados de Fernando VI y Carlos III han sido muchas veces ligados por los historiadores con la Ilustración. Lejos de entrar en el debate acerca de la Ilustración en España, lo que sí vamos a resaltar es que durante este periodo hubo una eclosión de academias de todo tipo, entre las que destacaron las militares. Éstas tienen unas características distintas a las de la época anterior, de hecho, algunos autores como Peset²⁰ o Bolaños Mejías²¹ han resaltado el inicio del reinado de Fernando VI como un cambio en la política de las academias militares. Este proceso podría compararse con el acontecido en Francia, donde tras el reinado de Luis XIV nos encontramos con un paréntesis en las políticas de instrucción de la oficialidad hasta mediados del siglo XVIII. Así pues, durante este periodo empezó a formarse la idea entre los dirigentes de la monarquía de que era necesario instruir a la oficialidad. El resultado fue la creación de l'*École Militaire* en 1751. Esta escuela militar tenía capacidad para 500 estudiantes, aunque fueron bastantes menos, que debían ser miembros de la nobleza. El objetivo era la formación de los futuros oficiales en el arte de la guerra, en particular en el campo de las matemáticas, que en ese momento se consideraban cada vez más esenciales. Después de la instrucción,

¹⁹ Sobre la estructura y formación del cuerpo de ingenieros véase Horacio CAPEL, Joan Eugeni SÁNCHEZ y Omar MONCADA: *De Palas a Minerva. La formación científica y la estructura institucional de los ingenieros militares en el siglo XVIII*, Barcelona, Serbal/CSIC, 1988, pp. 111-117, Martine GALLAND SEGUELA: "Los ingenieros militares: Hombres en la encrucijada de la Ilustración en la España del siglo XVIII", en Manuel- Reyes GARCÍA HURTADO (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, Universidade da Coruña, A Coruña, 2012, pp. 291-340 y Martine GALLAND SEGUELA: "Diversités et dominante dans la formation des ingénieurs militaires espagnols du XVIII siècle", en IMÍZCOZ, J.M. y CHAPARRO, A. (eds.), *Educación, redes y producción de élites en el siglo XVIII*, Madrid, Silex, 2013, pp. 337- 346.

²⁰ Antonio LA FUENTE y José Luis PESET: "Las Academias Militares y la inversión en ciencia en la España Ilustrada (1750-1760)", *Dynamis: Acta Hispanica ad Medicinae Scientiarumque Historiam Illustrandam*, 2 (1982), pp. 193-209.

²¹ María del Carmen BOLAÑOS MEJÍAS: "La profesionalización del ejército real", en Leandro MARTÍNEZ PEÑAS y Manuela FERNÁNDEZ RODRÍGUEZ (coords.), *El Ejército y la Armada en el Noroeste de América: Nootka y su tiempo*, Madrid, Universidad Rey Juan Carlos I, 2011, pp. 251- 273.

estos jóvenes pasarían a incorporarse a los regimientos donde aprenderían la parte práctica de la guerra.²²

En la Monarquía Hispánica también encontramos una mayor tendencia a la tecnificación desde mediados de siglo. El reinado de Fernando VI se centró desde sus inicios en la reforma del ejército, una política favorecida por la neutralidad impulsada en estos años. Dentro de esta reforma, las academias militares fueron una preocupación especial, y en cierto modo expandieron la labor que se realizó durante el reinado Felipe V. Durante los mandatos de Ensenada y Eslava, Secretarios de Guerra con Fernando VI, podemos destacar la creación de cuatro academias militares, las teóricas de artillería de Cádiz y Barcelona, la Real Sociedad de Matemáticas y la Academia de Matemáticas de los Guardias de Corps. Aunque ninguna de estas cuatro academias sobrevivió al reinado de Fernando VI, sí que tuvieron una gran importancia por las novedades que trajeron consigo. En particular hay que resaltar la Real Sociedad Militar de Matemáticas, que fue una auténtica novedad tanto por el enfoque que tuvo como por los objetivos perseguidos con su creación. Además, hay que resaltar la Real Orden del 21 de enero de 1750,²³ por la que se establecía que en cada regimiento de infantería se reservase una tenencia y subtenencia para los mejores académicos, y en caballería y dragones un estandarte. La verdadera novedad de esta ordenanza²⁴ radicaba en su aplicación por parte del Secretario de Guerra y los inspectores de los cuerpos. Durante el periodo de 1750-1755 se puede observar cómo los inspectores se encargaban de que los coroneles les remitiesen los puestos vacantes en cada regimiento, para que el director de la academia de Barcelona propusiese a los mejores académicos.²⁵ Con la caída de Ensenada esta ordenanza cayó en desuso y se dejaron de remitir órdenes desde la secretaría para que se premiase a los académicos.

La Real Sociedad Militar de Matemáticas tuvo una existencia efímera, desde octubre de 1756 hasta diciembre de 1760.²⁶ Esta academia ha sido vista siempre como una “anomalía”, debido a que fue la única durante el siglo XVIII en la Monarquía Hispánica que estaba focalizada totalmente hacia la investigación de las matemáticas y de otras ciencias, y no a la instrucción directa de los oficiales y cadetes.²⁷ Su creación tuvo lugar bajo la secretaría de Eslava y con el conde de Aranda en el cargo de Director General de Artilleros e Ingenieros. Como director designaron a Pedro de Lucuze, que había dirigido durante veinte años la Academia de Barcelona y era un contrastado teórico que había publicado diversos tratados sobre la ciencia militar.

²² Arnaud GUINIER: *L'honneur du soldat. Éthique martiale et discipline guerrière dans la France des lumières*, Champ Vallon, Ceyzérieu, 2014, pp. 55-58.

²³ José Antonio PORTUGUÉS: op. cit., pp. 887-888.

²⁴ Un contenido parecido contenía la Real Ordenanza del 22 de julio de 1739. *Ibidem*, pp. 865-866.

²⁵ AGS, Guerra Moderna, leg. 3014 y 3016.

²⁶ El estudio más completo de esta sociedad fue realizado por Jesús PUELL DE LA VILLA: *La Real Sociedad Militar de Matemáticas de Madrid (1757-1760)*, tesis doctoral inédita, Universidad Complutense de Madrid, 1994.

²⁷ María Dolores HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA: “La formación de la oficialidad en el siglo XVIII”, en Enrique MARTÍNEZ RUIZ, Magdalena DE PAZZIS PI CORRALES y Juan TORREJÓN CHAVES (coords.), *Los ejércitos y las armadas de España y Suecia en una época de cambios (1750-1870)*, San Fernando, Ediciones Puertollano, 2001, pp. 235-262.

El conde de Aranda proyectó esta academia con el objetivo de «hacer un curso extenso y crítico de arquitectura civil y militar, artillería y mecánica y maquinaria».²⁸ El motivo que esgrimía Aranda era que en España faltaban «estudiosos» y que, además, los pocos libros que circulaban en la monarquía eran de traducción francesa²⁹ y de principios muy básicos. Todo ello unido a la creencia, cada vez más arraigada entre los militares, de que las matemáticas eran, en palabras de Aranda, «el más noble estudio, infalible, instructivo, útil al común bien y preciso para la guerra».³⁰ Por lo tanto, crear una academia donde se investigasen estas ciencias era visto como algo esencial para el éxito militar de la monarquía, sobre todo en una época en la que el espionaje industrial y militar estaba a la orden del día entre las potencias europeas. El funcionamiento y estructura de la academia se basó en el proyecto del conde de Aranda.³¹ Esta estuvo compuesta por «ocho sobresalientes estudiosos», artilleros e ingenieros, cada uno de los cuales se encargaría de un área especializada para el estudio.³² Con todo esto se pretendía que en cada campo se obtuviese, en palabras de Aranda, una «historia crítica», lo cual significaba formar un tratado de cada campo tras una investigación. Conseguir estos tratados tenía un objetivo claro: ilustrar y simplificar la ciencia militar. Por ende, aunque la investigación era el objetivo principal, entre sus obligaciones estaba la publicación de tratados sobre las temáticas estudiadas con el objetivo de facilitar el estudio en otras academias militares de la monarquía y entre los oficiales autodidactas.³³

Para llevar a cabo esta tarea la Sociedad gozó de una dotación económica bastante importante. En 1760³⁴ contaba con 100.000 reales anuales para gastos.³⁵ Este presupuesto era muy superior al de otras academias, incluso al de la Academia Militar de Matemáticas de Barcelona, que rondaría los 20.000 reales al año. Tanta diferencia se explicaba por dos razones principalmente. La primera, que al tratarse de un centro dedicado a la investigación necesitaba de una mayor cantidad de instrumentos, de ahí que 43.040 reales estuviesen destinados a la obtención de materiales. De estos la mayoría fueron libros, hasta el punto que en tan solo dos años se llegó a reunir un total de 1.278 volúmenes de obras científicas. La segunda razón era el sueldo

²⁸ AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3004.

²⁹ Una queja visible en otros tratadistas y militares de envergadura como el Marqués de la Mina o el marqués de Santa Cruz de Marcenado. Véase Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO: *Traduciendo la guerra: influencias extranjeras y recepción de las obras militares francesas en la España del siglo XVIII*, A Coruña, Universidade da Coruña, 1999.

³⁰ AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3005.

³¹ El modelo de la sociedad se basó en otras academias europeas de las que Aranda tuvo conocimiento gracias a sus viajes por Europa. Véase Amparo MARZAL MARTÍNEZ: “El conde de Aranda y la Real Sociedad de Matemáticas de Madrid”, en José Antonio ARMILLAS VICENTE (coord.), *Guerra y milicia en la España del X conde de Aranda: Actas IV congreso de Historia Militar*, Zaragoza, Gobierno de Aragón, 1998, pp. 115-149.

³² Las áreas eran tan variadas como: geometría, aritmética, álgebra, cosmografía, arquitectura militar, balística o proyectos de nuevas máquinas

³³ AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3004 y 3005.

³⁴ *Ibidem*, leg. 3011.

³⁵ Otros autores suben esta cifra a 175.000 reales al año en Antonio LA FUENTE y José Luis PESET: *op. cit.* p. 198.

del personal. Entre los ocho investigadores y el director se abonaban 29.000 reales. Estos elevados salarios posiblemente se expliquen por la intención de dar cierto prestigio a la labor que realizaban y, también, para dotarles de una remuneración suficiente que los eximiera de realizar otras actividades.³⁶

La Sociedad de Matemáticas, por lo tanto, contaba con todos los medios para una subsistencia prolongada e incluso exitosa: apoyo institucional, dotación económica, personal competente, tiempo para el estudio y un director que apoyaba el proyecto y que contaba con experiencia dirigiendo academias militares. Sin embargo, el cierre de esta institución en 1760 puso de relieve la fragilidad del proyecto de Aranda. Lucuze, firme valedor de la Sociedad, puso en marcha su defensa intentando explicar al Secretario de Guerra cómo se había desarrollado el progreso de la Sociedad, y posteriormente lo publicó.³⁷ El análisis de Lucuze era bastante completo y abarcaba varios puntos de vista muy interesantes. El fracaso de la Sociedad se habría dado en varios niveles. Uno de ellos fue la poca visibilidad inmediata que tenía su trabajo, tanto en el ámbito militar como en el civil, ya que durante el primer y segundo año solo debían dedicarse a la lectura y traducción de otros estudios. Esta falta de resultados inmediatos fue utilizada por sus detractores para afirmar la inutilidad de la Sociedad y sembró el descontento entre las élites intelectuales del reino, que esperaban ver resultados para presentarlos en público.³⁸ Junto a esto, desde un primer momento los miembros de la academia fueron requeridos para otras tareas, como levantar planos o dirigir obras en diversos lugares, retrasando los estudios. Pero, sin lugar a dudas, el mayor contratiempo fue la sustitución, tras su dimisión, de Aranda por Maximiliano de la Croix en 1758 como Director General de Artillería e Ingenieros. Desde ese momento comenzó una confrontación entre dos maneras distintas de concebir la Sociedad. La Croix, según Lucuze, quería «reducir la sociedad a una academia de hombres particulares literatos» y basarse solamente en unas matemáticas abstractas.³⁹ Estas tensiones se vieron reflejadas en el funcionamiento de la academia, e incluso provocaron fricciones entre sus miembros, posicionándose algunos con La Croix y “boicoteando” el proyecto de Aranda. En estas tensiones también podrían incluirse la rivalidad entre ingenieros y artilleros por controlar diversos ámbitos de poder como eran las academias, algo a lo que ya hemos hecho referencia anteriormente.⁴⁰ Finalmente, la Real Sociedad Militar de Matemáticas desapareció en diciembre de 1760 tras la petición de La Croix al Secretario de Guerra por su nulo rendimiento, a pesar de

³⁶ Para más detalle acerca del presupuesto de la Sociedad véase Jesús PUELL DE LA VILLA: “Caudales y cuentas de un proyecto fallido. La Real Sociedad Militar de Matemáticas de Madrid (1757-1760)”, *Anuario jurídico y económico escorialense*, 22 (1990), pp. 405-454.

³⁷ AGS, Guerra Moderna, leg. 3004.

³⁸ De hecho, Lucuze afirmaba que se había recibido quejas del “público” porque no era como la Academia de París, donde se podían ver los progresos en la misma sede. AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3011.

³⁹ *Ibidem*.

⁴⁰ Para intentar solventar la rivalidad Fernando VI unió los dos cuerpos bajo una misma dirección, el Director General de Artillería e Ingenieros, cargo establecido por la Real Ordenanza de 8 de agosto de 1756. Véase José Antonio PORTUGUÉS: *Colección general de las ordenanzas militares, sus innovaciones, y sus aditamentos*, Madrid, 1765, tomo VI, pp. 726-729.

que una Junta de Generales valoró la actuación de la sociedad positivamente y culpó a La Croix de su mal funcionamiento.⁴¹

A pesar de la corta existencia de la Real Sociedad Militar de Matemáticas, hay que resaltar la importancia del proyecto. Con la creación de esta institución se rompió con la tradición de las anteriores academias, dedicadas solamente a la enseñanza. Esta Sociedad tenía un objetivo completamente diferente, que era dedicarse totalmente al estudio. Con esto se pretendía que la monarquía fuese capaz de producir “ciencias militares” y no depender de otras potencias como Francia. El objetivo era estar al nivel de las potencias europeas, tanto por el prestigio internacional que proporcionaba como por el sentido utilitarista de poder contar con una “ciencia militar” que potenciase el ejército. Por lo tanto, durante el reinado de Fernando VI se llevaron a cabo unas iniciativas muy novedosas y muy bien dotadas económicamente, que tenían como objetivo la tecnificación del ejército y el desarrollo de las ciencias militares.

La extensión academicista en el reinado de Carlos III en el ejército borbónico

Con la llegada al trono de Carlos III la monarquía dio un giro radical a su política exterior, entrando en la Guerra de los Siete Años en 1762. Posiblemente por este motivo, durante los primeros años el monarca dejó de lado las reformas concernientes a la formación militar, entre otros motivos para ahorrar dinero, y centró todos sus esfuerzos en la contienda bélica. Una vez terminada la guerra, y tras los fracasos militares en Asia, América y Europa, Carlos III se concentró en la reforma militar. En ella cobró importancia la fundación de instituciones militares de enseñanza, posiblemente influido en parte por la instrucción que había recibido en su infancia de manos del mismo Verboom, tanto en táctica militar como en las ciencias aplicadas a la guerra.⁴²

Durante su reinado podemos hablar de la fundación de tres academias militares y un gran número de proyectos. De estas tres, la Academia de Segovia fue el proyecto más exitoso, tanto por su duración y estabilidad como por su notoriedad científica. En ella se consiguió homogeneizar la instrucción de los cadetes de artillería, al imponer que solamente a través de Segovia se pudiese acceder a la oficialidad, eliminando así los cadetes del regimiento de artillería.⁴³ Pero nos interesa resaltar los otros dos centros por la novedad que supusieron al no estar enfocados a un cuerpo facultativo: el Colegio Militar de Ocaña y la Real Escuela Militar de Ávila. Ambos fueron proyectos fallidos, pero su interés radicó en que estaban dirigidas a dos cuerpos del ejército tradicionalmente ajenos a la instrucción: la caballería y la infantería. Ambos cuerpos habían carecido de unas instituciones que instruyesen a sus oficiales durante toda la Edad Moderna. Todas las academias creadas anteriormente habían estado enfocadas hacia la formación de oficiales artilleros e ingenieros, que necesitaban de forma más apremiante una

⁴¹ AGS, Guerra Moderna, leg. 3011.

⁴² Roberto FERNÁNDEZ: *Los Borbones: Carlos III*, Madrid, Alianza, 2001, pp. 27 y 41.

⁴³ Especialmente estudiada por María Dolores HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA: *La enseñanza militar ilustrada. El Real Colegio de Artillería de Segovia*, Segovia, Academia Militar de Segovia, 1990.

formación científica. Tras la creación de la Academia de Barcelona y la de Segovia solamente las armas de infantería y caballería quedaron descolgadas de la instrucción. Esto no quiere decir que hubiese una total despreocupación de la monarquía por su formación. Ante la imposibilidad de poder instruir a todos los cadetes y oficiales de infantería y caballería en academias, Felipe V creó en los regimientos la figura del “maestro de cadetes”.⁴⁴ Este estaría al cargo de la educación de todos los cadetes del regimiento y debería instruirles en el arte militar, ordenanzas, matemáticas, etc.⁴⁵ La ventaja de este tipo de instrucción radicaba en su bajo coste, en su fácil implantación y en los pocos problemas que podía ocasionar a la Secretaría de Guerra al dejarla a cargo de los propios coroneles de los regimientos. Sin embargo, era un modelo que guardaba bastantes deficiencias.⁴⁶ De hecho, ante el escaso rendimiento el propio Carlos III intentó regular estas escuelas en sus Ordenanzas Militares de 1768. Para esto disponía un número máximo de cadetes en los regimientos de infantería, dragones y caballería a los que después de asimilar las ordenanzas y táctica «se les hará aprender la Aritmética, Geometría, y Fortificación [...] por el espacio de dos años», y además premiaba a los más destacados en los estudios «para la preferencia en sus ascensos».⁴⁷ Ante el mal funcionamiento y la mala fama de estas escuelas regimentales empezaron a idearse diversos proyectos para fundar academias que contribuyeran a la formación de estos cuerpos militares. De todos los proyectos presentados en este reinado solamente vieron la luz los de Alejandro O’Reilly y Antonio Ricardos.⁴⁸ Ambos fueron aprobados con el conde de Ricla como Secretario de Guerra, militar veterano que había sido máxima autoridad militar en La Habana, Navarra y Cataluña y que había defendido la creación de academias para la infantería.

En la misma época que en España, también en Francia se formaron diversos proyectos con misma finalidad: la extensión de la formación de la oficialidad. A pesar de la fundación de l’*École Militaire* en 1751, problemas de diversa índole volvieron a plantear la necesidad de reformar el ejército, y la instrucción de la oficialidad fue uno de estos puntos. Durante el tiempo que estuvo el conde de Saint-Germain en la Secretaría de Guerra (1775-77) se llevó a cabo una remodelación del sistema de instrucción. En 1776 suprimió l’*École Militaire*, sustituyéndola por doce colegios militares repartidos en diversas provincias y con una capacidad mayor para aco-

⁴⁴ Luis Miguel BALDUQUE MARCOS: *El Ejército de Carlos III: Extracción social, origen geográfico y formas de vida de los Oficiales de S.M.*, Madrid, Universidad Complutense de Madrid, 1994, p. 78.

⁴⁵ José Luis TERRÓN PONCE: *Ejército y política en la España de Carlos III*, Madrid, Ministerio de Defensa, 1997, p. 45.

⁴⁶ Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO: “Formación militar...”, pp. 362-365.

⁴⁷ *Ordenanzas de Su Majestad para el régimen, disciplina, subordinación y servicio de sus ejércitos*, Madrid, Antonio Marín, 1768, pp. 189-200.

⁴⁸ De ambos proyectos el más estudiado ha sido el de O’Reilly. Véase Óscar RECIO MORALES: “Un intento de modernización del ejército borbónico del XVIII: la Real Escuela Militar de Ávila (1774)”, *Investigaciones históricas: Época moderna y contemporánea*, 32 (2012), pp. 145-172; Óscar RECIO MORALES: “Innovación militar en la España del siglo XVIII: la producción científica de la Real Escuela Militar de Ávila (1774)”, *Cuadernos de Historia Moderna*, 2 (2016), pp.425-442 y Juan NAVARRO LOIDI: “Las Matemáticas en la Escuela Militar de Ávila (1774)”, *Gaceta de la Real Academia Matemática Española*, 14 (2011), pp. 309-332.

ger estudiantes (600), a la vez que reducía el número de oficiales.⁴⁹ De esta forma, facilitaba la participación de la nobleza provincial en la instrucción militar y ampliaba el número de oficiales con conocimientos teóricos.⁵⁰

En España también se extendió la formación militar en unas fechas similares. La Real Escuela Militar de Ávila abrió sus puertas en 1774 bajo el auspicio del Inspector de Infantería Alejandro O'Reilly.⁵¹ Este irlandés había entrado al servicio de Carlos III en la Guerra de los Siete Años, y posteriormente había trabajado junto al conde de Ricla en la reestructuración de las tropas americanas tras el desastre de la guerra. Quizá por este motivo, junto a su ascenso en la corte consiguió hacer valer sus planes para la creación de una academia militar, incluso por encima del proyecto del propio Ricla.⁵² Aunque tradicionalmente se ha afirmado que esta academia estaba destinada a los oficiales y cadetes de infantería, lo cierto es que admitía también a los de caballería.⁵³ El emplazamiento de la academia en Ávila se escogió por su cercanía a la corte y por las pocas distracciones que la ciudad podía ofrecer a los estudiantes. Lo original de la academia, además de estar enfocada a armas no facultativas, era su método de estudios.⁵⁴ O'Reilly, como director, preveía que gracias a esto iba a ser la mejor de Europa, porque «el método de Ávila facilita a cada uno la instrucción de que sea susceptible su capacidad».⁵⁵ A diferencia de otras academias no había solamente clases teóricas al uso, sino que se dividía a los estudiantes en “sociedades” encargadas de discutir un tratado cada una y luego poner en conjunto el análisis para formar un solo tratado que se incluiría en la biblioteca.⁵⁶ Además, O'Reilly planteaba que cada año los doce mejores estudiantes fueran enviados a las diversas potencias europeas para aprender el funcionamiento de sus ejércitos durante un año. Con todo esto planeaba que en tan solo dos años los estudiantes estuviesen listos para volver a sus regimientos, y en seis tener a casi todo el ejército instruido. Asimismo, O'Reilly dio orden de que todos los tratados militares europeos reseñables se comprasen y enviasen a Ávila. Finalmente,

⁴⁹ Arnaud GUINIER: op. cit., p. 121.

⁵⁰ Jay M. SMITH: op. cit., p. 243.

⁵¹ Para saber más sobre la proyección de Alejandro O'Reilly véase Óscar RECIO MORALES: “Una aproximación al modelo del oficial extranjero en el ejército borbónico: la etapa de formación del teniente general Alejandro O'Reilly (1723-1794)”, *Cuadernos Dieciochistas*, 12 (2011), pp. 171-195.

⁵² La diferencia entre ambos radicaba en la metodología, ya que Ricla era continuista de anteriores academias y en la forma de promoción de los cadetes. Éste, a pesar de defender la creación de una academia para la infantería seguía proponiendo los ascensos por antigüedad en vez de por mérito, algo con lo que atacó muy duramente a O'Reilly. AHN, Estado, leg. 3220.

⁵³ La enseñanza de cadetes y oficiales se impartía por separado. Para los primeros se denominaba “colegio”, mientras que para los segundos “academia”.

⁵⁴ Manuel-Reyes GARCÍA HURTADO, MANUEL-REYES: “La vida en las academias militares del siglo XVIII”, en Íd. (ed.), *Soldados de la Ilustración. El ejército español en el siglo XVIII*, A Coruña, Universidad de da Coruña, 2012, pp. 37-59.

⁵⁵ AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 10.

⁵⁶ Las clases teóricas eran de matemáticas, fortificación y artillería. Además de esto, cada sociedad debía analizar un tratado sobre arte militar y hacer anotaciones críticas para formar un tratado crítico. Biblioteca Nacional (BN), Sala Cervantes, Mss. 19414.

solicitó que las ordenanzas y métodos de la academia no se publicasen y se guardasen en secreto.⁵⁷

El funcionamiento de la academia de Ávila estuvo marcado por la trayectoria de su propio creador. Al poco tiempo de abrir la academia aconteció el desastre de Argel, dirigido e ideado por el propio O'Reilly, por el que se le culpó y por lo cual perdió poder en la corte. Además, el proyecto de la academia nunca tuvo mucho apoyo entre los altos cargos militares por diversas razones, como el secretismo con el que se llevaba a cabo, la pérdida de poder de los coroneles sobre sus regimientos, la novedad del proyecto o el poder que reportaba a O'Reilly. Entre los críticos se encontraba el mismo Secretario de Guerra, el conde de Ricla, que en una relación escrita en 1775 y titulada *Sobre cadetes en la infantería* aprovechaba para atacar a O'Reilly y su proyecto. En ella, lejos de criticar el fundamento de la academia, la formación de los oficiales de armas no facultativas, lo defendía para «así cerrar las escuelas regimentales que son funestas». La verdadera queja radicaba en el «despotismo», en palabras de Ricla, que ejercía el militar irlandés para ascender a sus allegados. Esta tiranía se basaba en que los ascensos se basaban en las notas de los exámenes, algo que Ricla consideraba injusto, porque los exámenes no los hacían y corregían profesores imparciales y, además, porque se olvidaba el criterio de la antigüedad, único mérito tradicional para promocionar.⁵⁸

Esta confrontación entre antigüedad y mérito fue un tema muy común desde el reinado de Carlos II, cuando la tratadística empezó a plantearse esta problemática en el contexto de la relación entre la teórica y la milicia. En este periodo los tratadistas iniciaron una defensa de los libros en el ámbito militar, algo que arraigó a lo largo del siglo XVIII. A la vez se empezó a pensar en el oficial como alguien que debía ser ducho en el ámbito científico, ante el nivel de tecnificación que estaba alcanzando la guerra, y alejado de aquellos militares que solamente se centraban en el valor y el arrojo.⁵⁹ Sin embargo, el ascenso a través del mérito académico, como en el caso de la Academia de Ávila, era algo muy inusual y que muy pocos defendían.⁶⁰ Esta vía era vista por muchos como un ataque a las bases del ejército y del propio Antiguo Régimen, puesto que significaba que la condición de buen militar se adquiría gracias a méritos personales y, por lo tanto, no estaba ligada solamente a la sangre y la nobleza. Por esta razón, el proyecto de O'Reilly también supuso poner en cuestión muchas tradiciones que incluso podían afectar a los privilegios de algunos grupos sociales y a su posición en la estructura social. Además de esto, subyacen otros motivos de menor calado, pero también importantes, como un cierto resentimiento por la elección del proyecto de academia del irlandés en vez del patrocinado por el Secretario de Guerra.

⁵⁷ *Ibidem*.

⁵⁸ AHN, Estado, leg. 3220.

⁵⁹ David A. ABIÁN CUBILLO: "La figura del oficial a través de la tratadística militar (1665-1788)", en Máximo GARCÍA FERNÁNDEZ (coord.), *III Encuentro de Jóvenes Investigadores en Historia Moderna. Líneas recientes de Investigación en Historia Moderna: Familia, cultura material y formas de poder*, Valladolid, Fundación Española de Historia Moderna, 2016, pp. 1147-1158.

⁶⁰ Francisco ANDÚJAR CASTILLO: "Militares e ilustración. El pensamiento militar de Manuel de Aguirre", *Chronica Nova*, 18 (1990), pp. 46-47.

La academia mantuvo sus puertas abiertas hasta el año 1790, a pesar de la oposición generada y la caída en desgracia de O'Reilly. El inicio de la guerra con Gran Bretaña en 1779 supuso que cerrase momentáneamente por falta de alumnos, pero reabrió en 1783 en el Puerto de Santa María. El emplazamiento se escogió porque O'Reilly había sido nombrado Capitán General de Andalucía y era el lugar donde podía vigilar mejor su funcionamiento. No obstante, en esta segunda etapa el sistema de enseñanza siguió siendo igual. Además, lejos de quedar relegada al ostracismo siguió contando con un apoyo importante por parte de la corona. De hecho, se le asignaron 30.000 reales más al presupuesto, contando con un total de 90.000 al año, y nada menos que 116 alumnos el primer año, aunque el número se redujo drásticamente al poco tiempo. Además, hay que resaltar la gran biblioteca que se formó con unos 400 libros, en su mayoría relacionados con el mundo militar, destacando algunas obras prohibidas por la Inquisición.⁶¹ La academia funcionó sin demasiados problemas hasta 1786, pero en ese año comenzó a ser inspeccionada por la falta de informes enviados a la Secretaria de Guerra, regida por Lereña. Tras el envío de unos inspectores se llegó a la conclusión de que O'Reilly había desatendido sus ocupaciones, que nunca se habían hecho maniobras y que el gasto era muy elevado para la enseñanza que se impartía. Tras estos informes la academia se empezó a desmontar en 1787, cerrando definitivamente en 1790.

El Colegio Militar de Ocaña compartió a lo largo de su existencia unas características similares a la Academia de Ávila. Al igual que esta, su creación se efectuó con la protección del inspector general, en este caso de caballería, que era Antonio Ricardos, quien a la vez ejercía de director de la academia. Las fechas de creación y extinción del colegio fueron muy parecidas a las de Ávila, ya que abrió en 1775 y cerró en 1785. El lugar escogido era también una localidad no muy lejana a la corte, pero a la vez tranquila y sin posibilidad de muchas distracciones para los estudiantes. Por último, su objetivo también era la instrucción de las armas no facultativas, en este caso la caballería.

En el Colegio de Ocaña se pretendía formar solamente a los cadetes de caballería y dragones, a través de 3 compañías de 34 cadetes en 4 cursos diferentes.⁶² En estos cursos el sistema de enseñanza era mucho más tradicional que el de la Escuela de Ávila, impartándose todas las materias en clases teóricas.⁶³ Además, la enseñanza iba mucho más allá de lo puramente militar, como rezaba el propio reglamento de la academia, donde la dividía en «tres tipos, moral y religiosa; cultura en el trato y habilidad típico de la nobleza y profesión militar».⁶⁴ De hecho,

⁶¹ Destaca que entre los alumnos había oficiales de alto rango como Teniente Coronel, y que los cadetes provenían hasta de América, en particular de La Habana y Lima. AHN, Diversos-colecciones, leg. 158.

⁶² Según los registros de la academia a su cierre habían pasado por allí en torno a 250 cadetes, aunque no todos habían terminado todos los cursos. AGS, Guerra Moderna, leg. 5448, 5449 y 5450.

⁶³ El plan de estudios se dividía en cuatro clases. En la primera se enseñarían las partes de las ordenanzas, gramática y conceptos básicos de aritmética, algebra, trigonometría y geometría elemental. En la segunda historia sagrada y profana, francés, mecánica y dinámica hidráulica, fortificación de plazas y en campaña y artillería. En la tercera óptica, catóptrica y dióptrica, arquitectura, astronomía, geografía y cronología. Finalmente, la cuarta clase se centrarían en el dibujo militar.

⁶⁴ AGS, Guerra Moderna, sup. 91.

que la formación iba más allá del arte militar queda patente en una carta escrita por el propio Ricardos en 1779 al Secretario de Guerra. En ella pedía que el primer año de la academia estuviese dedicado a la enseñanza civil, debido a la defectuosa educación que traían los cadetes de sus casas, que impedía que fuese óptima la enseñanza militar.⁶⁵ Ciñéndonos a las materias puramente militares, sería las compañías segunda y tercera las que se centraban casi exclusivamente en el *Re Militari*, con especial atención a las matemáticas,⁶⁶ que era la materia que más horas ocupaba.

Las razones del fracaso de la academia fueron bastante variadas, e incluso guardan algunas similitudes con las que condenaron a la de Ávila. La causa oficial del cierre fue el elevado gasto que suponía, unos 72.000 reales al año; un presupuesto inferior al que se movía para el caso de Ávila en esta época, pero muy superior al que tenían en 1790 las tres academias de Cádiz, Zamora y Barcelona, de 20.000 reales anuales cada una.⁶⁷ Ricardos señalaba que esto no podía ser una causa del cierre del colegio, debido a que no acumulaba deudas y que, a pesar de la falta de dotación algún año, habían ahorrado más de 20.000 reales.⁶⁸ De esta información podemos deducir que había unas razones más profundas y más subjetivas.⁶⁹ Aunque Ricardos no tuvo tantos enemigos en la corte y en el ejército como O'Reilly, su actuación como Inspector General de Caballería le supuso diversos encontronazos con otros oficiales que le acusaron de despotismo.⁷⁰ Sin lugar a dudas, la vida de la academia estuvo ligada a su plan para reformar la caballería.⁷¹ Tanto el plan como el colegio fueron valorados por una Junta de Generales que dio un dictamen negativo de ambos e incluso acusó a Ricardos de querer alterar los principios de la caballería. Los motivos esgrimidos por los generales fueron muy variados. Entre las críticas destacaban el alto coste que suponía para las familias sufragar su estancia⁷² y, por lo tanto, que algunos jóvenes no pudiesen ser cadetes y tuviesen que entrar como soldados de caballería; pero también que Ricardos obviaba la antigüedad a la hora de ascender y la creencia de que las escuelas regimentales eran más aptas para la instrucción y mantener la tradición en la caballería.

⁶⁵ Algo que finalmente se aceptó. De hecho, en el reglamento de la academia, escrito en 1781, la primera compañía tenía ese objetivo. *Ibidem*.

⁶⁶ Por matemáticas entendían todas estas materias: aritmética, geometría, algebra, mecánica y dinámica, fortificaciones y artillería, óptica, catóptrica y dióptrica, arquitectura, astronomía y dibujo militar.

⁶⁷ AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3011.

⁶⁸ AHN, Diversos-colecciones, leg. 413.

⁶⁹ Durante el cierre de la academia, el comisario de guerra Carlos de Aguirre fue el encargado por la Secretaría de Guerra para inspeccionar los gastos. En el informe enviado al Consejo de Guerra declaraba bastantes irregularidades en las cuentas y señalaba a la dirección del colegio, incluido Ricardos, de haber ocultado ingresos y exagerado los gastos en su beneficio. El Consejo de Guerra exoneró a la dirección de todos los cargos presentados. AGS, Guerra Moderna, sup. 102, 103, 104, 105 y 106.

⁷⁰ Memoria presentada al Supremo Consejo de Guerra por el teniente general Antonio Ricardos sobre la aplicación de las facultades de su empleo como Inspector General de Caballería AHN, Diversos-colecciones, leg. 114.

⁷¹ También pudo influir el informe negativo que hizo sobre la caballería, véase Mateo MARTÍNEZ FERNÁNDEZ: "Ricardos y la Academia de Caballería de Ocaña", *Revista de historia militar*, 65 (1988), pp. 61-96.

⁷² Eran seis reales al día, pero también había "ayudas" para los hijos de oficiales.

ía.⁷³ Como vemos, las causas tenían que ver con la puesta en cuestión de la tradición en la caballería, que se basaba en la formación a través de las escuelas regimentales y el ascenso solamente por la antigüedad. Todavía nos encontramos en estas fechas generales que consideraban inútil la instrucción en matemáticas para la caballería, e incluso veían en estas academias un desafío a la tradición, puesto que suponía el inicio de los ascensos no sólo por antigüedad, sino también por el mérito. Esto era algo que en cierta medida se practicaba ya en las armas facultativas, y por lo tanto no era totalmente novedoso en el ejército. Pero hay que tener en cuenta que la caballería había sido considerada siempre como el cuerpo más “elitista”, debido a que era donde todos los nobles querían servir, y por lo tanto el encaje del mérito era algo más complicado en un arma donde la nobleza estaba tan arraigada.

El impacto que tuvieron los centros de Ávila y Ocaña es difícil de valorar por la inestabilidad de los centros y su poca duración. A pesar de esto, un análisis de los regimientos de infantería de Cantabria y Córdoba y del de Borbón de caballería nos podría aportar algunos datos que nos ayuden. Analizando a los cadetes y oficiales (desde el rango de subteniente) que ingresaron en el ejército desde el año 1750 hasta 1788 hemos podido sacar algunos elementos interesantes. De entre 380 oficiales y cadetes que comprenden las fechas señaladas, solamente un 13,94% (53) habían estudiado en academias, y solamente un 4,21% (16) habrían sido instruidos en Ávila u Ocaña. Sin embargo, si reducimos el ámbito cronológico a los años comprendidos entre 1769-1788 podemos observar un aumento significativo de los oficiales instruidos desde que se abrieron los centros de Ávila y Ocaña. En este momento las cifras darían un total de 155 militares, de los cuales un 17,93% (26) contarían con estudios, siendo instruidos en los nuevos centros militares el 6,89% (10). El análisis de estos datos por regimientos muestra una proyección similar, aunque con algunas diferencias. Por ejemplo, en el regimiento de caballería es donde crece más el porcentaje de instruidos entre los ingresados a partir de 1768, mientras que en el de Cantabria el porcentaje es casi similar.⁷⁴ Por lo tanto, podemos afirmar que la fundación de estas academias, a pesar de su corta duración, sí expandió la instrucción entre la oficialidad, aunque sería conveniente investigar hasta qué punto consiguió ser útil para las carreras posteriores de los oficiales.

Conclusión

Los reinados de Fernando VI y Carlos III tuvieron una gran incidencia en la formación de los oficiales y cadetes del ejército. La importancia de ambos reinados radicó en la extensión

⁷³ AGS, Guerra Moderna, sup. 91.

⁷⁴ Para realizar el estudio hemos empleado hojas de servicios y relaciones de estudiantes de las academias. Las hojas de servicio del regimiento de Cantabria: AGS, Guerra Moderna, leg. 2532, 2533, 2534, 2535, del regimiento de Córdoba: AGS, Guerra Moderna, leg. 2544, 2545 y 2546 y del de Borbón: AGS, Guerra Moderna, leg. 2466. Las relaciones de estudiantes empleadas son de las academias de Barcelona, Orán y Ceuta, AGS, Guerra Moderna, leg. 3013, 3014, 3015, 3016, 3017, 3018, 3020, 3022, 3023, 3024, 3025, del colegio de Ocaña, AGS, Guerra Moderna leg. 5448, 5449, 5450 y sup. 94 y 105, para la Escuelas de Ávila BN, Sala Cervantes, Mss. 19414 y AHN, Diversos-colecciones, leg. 158.

de la instrucción académica más allá de las armas facultativas. Este impulso hacia la tecnificación se vio reflejado en la creación de diversos centros militares que tenían un único objetivo: extender la “ciencia militar” más allá de los cuerpos facultativos. Desde el reinado de Fernando VI hasta el de Carlos IV se abrieron nada menos que siete academias, de las cuales en 1788 solamente operaba la de Segovia.

Las academias estudiadas encajan perfectamente en la descripción ofrecida anteriormente, ya que estaban enfocadas hacia los cuerpos del ejército menos instruidos. La causa oficial del cierre de todas ellas solía ser siempre el mismo: la falta de dinero. Si bien es cierto que el gasto en academias aumentó durante estos reinados, nunca llegó a ser una losa para la hacienda del rey. De hecho, el porcentaje dentro del gasto del ejército no llegó a ser muy elevado, a pesar del aumento en estos reinados, oscilando entre el 0,2% entre 1750-1759, 0,23% entre 1771-1780 y 0,07% en 1790.⁷⁵ De estos datos podemos deducir que el dinero, aunque pudo influir en el cierre de las academias, no fue la causa principal del fracaso.

Los motivos de que estas academias no se afianzaran fueron mucho más complejos. Aunque en el siglo XVIII las academias para ingenieros de Barcelona y la de artilleros de Segovia consiguieron sobrevivir sin demasiados problemas, no se debe creer que estuviesen plenamente aceptados dentro del ejército el establecimiento de academias o la tecnificación del ejército. Estudiando las academias de Ávila, de Ocaña y la Sociedad de Matemáticas, podemos observar que hubo una resistencia bastante importante dentro de la propia institución castrense. Antes que nada, hay que tener en cuenta que los cuerpos de artillería e ingenieros eran relativamente nuevos y que desde un inicio estuvieron ya ligados a una cierta instrucción. Por lo tanto, el conocimiento teórico formaba parte de su espíritu de corps desde sus orígenes, especialmente en el caso de los ingenieros.⁷⁶ Pero en lo que respecta a la caballería y la infantería había una situación muy diferente. Para empezar, tenían una tradición más antigua que nunca había estado ligado a la instrucción, donde la oficialidad se seguía identificando totalmente con la nobleza, basada sobre todo en el valor, la sangre y la antigüedad como fuentes de “sabiduría”. Esta equivalencia entre oficialidad y nobleza fue prácticamente total durante toda la Edad Moderna, hasta el punto que la primera era vista como la sustitución de los caballeros medievales encargados de hacer la guerra y, por lo tanto, solamente la nobleza podía optar a estos puestos. Este ethos era ampliamente respaldado en la época, como se puede observar en muchos tratados militares del siglo XVIII.⁷⁷ Por esta razón, no era de extrañar que la creación de unas

⁷⁵ Para elaborar los datos nos hemos basado en los gastos totales que suponía el ejército. Véase José JURADO SÁNCHEZ: *El gasto de la Hacienda española durante el siglo XVIII. Cuantía y estructura de los pagos del Estado (1703-1800)*, Madrid, Instituto de Estudios Fiscales, 2006; del presupuesto de Segovia dado por María Dolores HERRERO FERNÁNDEZ-QUESADA: *La enseñanza...*; AGMM, Colecciones Personales y Temáticas, Col. de Clonard, leg. 3011.

⁷⁶ El cuerpo de ingenieros no fue creado hasta 1711 y no contó con reglamento hasta después de la Guerra de Sucesión. Antes de esto existían, pero solían ser civiles o gente adscrita a artillería.

⁷⁷ Algo que se ve bien reflejado en la siguiente afirmación: «es la milicia herencia de los nobles, pues desde que se conoce el Arte de ella, ha estado vinculada a los más ilustres personajes». Vicente Antonio DE LA HUERTA: *Biblioteca militar Española*, Madrid, 1760, p. 1.

academias como las de Ávila y Ocaña, donde se valoraban los méritos académicos para el ascenso, fuese vista con recelo.

Así pues, esta desconfianza hacia las academias no era por el conocimiento que pudiesen impartir a la oficialidad o cadetes, sino porque supusiesen una ruptura con la tradición. Dicha tradición no era otra que la que sustentaba los pilares del Antiguo Régimen, donde la nobleza debía ser la ostentadora de la oficialidad junto con la antigüedad. La implantación de estas academias suponía que el mérito académico también se valorase y que se aceptase desde la propia monarquía que había unos mecanismos para ser buen oficial más allá de los propios del Antiguo Régimen. A pesar de esto, la preocupación por parte de la monarquía de profundizar en una mejor instrucción de la oficialidad no estaba reñida con los ideales del sistema vigente. Aunque se crearon diversas academias, la nobleza nunca vio afectadas sus preeminencias en el mundo militar y todas las academias para armas no facultativas estaban destinadas exclusivamente a los hijos de la aristocracia. Este proceso es similar al ocurrido en Francia, donde según Guinier más del 90% de los estudiantes de las academias pertenecían a la nobleza.⁷⁸ Además, se puede observar cómo desde mediados del siglo XVIII se produjo un endurecimiento en el acceso a la condición de oficial dentro el ejército francés. Desde la creación de l' *École Militaire* en 1751 se fueron sucediendo una serie de leyes que ligaban la nobleza a la oficialidad, hasta llegar a 1788, cuando incluso se prohibió a los portadores de la cruz de la Orden de San Luis⁷⁹ acceder a las academias militares.⁸⁰ Por lo tanto, la profesionalización del ejército real se intentó llevar a cabo dentro de los parámetros del Antiguo Régimen, y por eso su intención era formar a la nobleza militar, puesto que se seguía creyendo que dicha clase social era la más apta para dirigir a los soldados, aunque se había asumido que se necesitaba una formación que no venía dada por la nobleza de la sangre.

Junto a esto, había otro factor más entre las resistencias a las academias, que era la pérdida de poder de los coroneles en sus regimientos en favor del rey, puesto que al suprimir las escuelas regimentales perdían parte de su influencia a la hora de admitir cadetes y ascenderlos. Aparte de estos problemas, se añadía otra dificultad más en la apertura de academias para infantería y caballería: su número. A diferencia de artilleros e ingenieros, la infantería y la caballería eran armas muchísimo más numerosas y, por tanto, su instrucción académica también era más difícil de elaborar y controlar.

En el caso concreto de las academias de Ávila, de Ocaña y la Sociedad de Matemáticas podemos observar cómo fracasaron al caer sus promotores: Aranda, O'Reilly y Ricardos. La caída en desgracia de estos suponía el fracaso de las iniciativas asociadas a ellos, pues normalmente era proyectos muy personalistas, y por tanto su sustitución por personas que no com-

⁷⁸ El autor afirma que la diferenciación entre los oficiales y los soldados no era solamente el rango, sino también de condición social. Arnaud GUINIER: op. cit., pp. 349-353.

⁷⁹ La orden de San Luis fue creada por Luis XIV en 1693 para recompensar los servicios militares y su obtención se regía por antigüedad y méritos militares, con lo cual no se debía ser noble para recibirla.

⁸⁰ Jonathan DEWALD: *La nobleza europea 1400-1800*, Valencia, PRE-TEXTOS, 2004, p. 48 y Jay M. SMITH: op. cit., p. 218.

partían la visión del proyecto significaba su extinción. Las tres academias, desde sus inicios, provocaron bastantes reticencias tanto en la corte como en el ejército, e incluso en la propia Secretaría de Guerra. Por lo tanto, estas dependían del apoyo del rey al proyecto, y cualquier pérdida de confianza suponía un revés irreversible. El fracaso de todas ellas resalta la ausencia de algo fundamental: un plan de educación militar que estuviera por encima de las disputas internas dentro del ejército y de la figura del creador de la academia. La falta de este plan hizo que la mayoría de las academias pareciesen proyectos aislados. Por estos motivos, desde el reinado de Carlos III se empieza a hacer hincapié en la necesidad de una centralización de los centros de formación militar para poder elaborar un plan de instrucción militar homogéneo y equilibrado, en vez de una serie de academias dispersas por toda la geografía española. Esto es algo que incluso era observado por “espías” extranjeros como Alexander Jardine, que opinaba que se deberían reagrupar todas en una o dos para tener más éxito, que tanta subdivisión no era buena en el mundo militar, puesto que provocaba que hubiese un gran desconocimiento de unas armas con respecto a otras.⁸¹ Esta falta de un plan general no se subsanó hasta 1803, con la apertura en Zamora de una academia para todos los cadetes, excepto los de artillería, que tenían que seguir yendo a Segovia.

Fernando VI y Carlos III intentaron impulsar la instrucción del ejército entre los cuerpos no facultativos con la creación de diversas academias, pero sin diseñar un plan general de educación, lo cual hizo que las academias muchas veces no sobreviviesen a la caída de su creador. Además, la resistencia hacia la profesionalización del ejército, que cada vez empezaba a chocar más con los valores del Antiguo Régimen, hizo que muchos sectores del ejército levantasen críticas hacia estas academias por miedo a que la meritocracia desplazase a la antigüedad y la nobleza como bases de la oficialidad española. Estas reticencias no se consiguieron superar hasta 1836, cuando se eliminaron las pruebas de nobleza para ingresar como cadete. De esta forma, la tecnificación promovida por el rey para la defensa de la monarquía terminó chocando con los propios valores que defendía esa misma monarquía, y por lo tanto las academias muchas veces representaron una auténtica amenaza para ellos.

⁸¹ Alexander JARDINE: *Letter from Barbary, France, Spain, Portugal, etc., by an English officer*, London, 1788, carta XXI.